

Nelson Romero Guzmán

Por la ruta del río y la poesía

Libardo Vargas Celemín



Nelson Romero Guzmán. Foto de Daniela Melo.

Título: Nelson Romero Guzmán

Autor: Libardo Vargas Celemín

e-ISSN: 2462- 9219

Tolimenses que dejan huella; Vol. 7 (2021)

URI: <https://doi.org/10.35707/tol/703>

Ediciones Unibagué (Universidad de Ibagué)



Domingo 8 de diciembre de 2019, 9:30 a. m.

El poeta se acerca a la orilla del río donde un enjambre de raíces ha quedado al descubierto y el agua achocolatada golpea el terreno que algún día recorrió junto a su padre y a su hermano Jorge. Recuerda uno de sus primeros versos que apareció en su libro inaugural *Días sonámbulos* (1988). Sus ojos brillan y en medio de una sonrisa entre pícara y nerviosa recita: *Me dejo llevar por las aguas del sueño/sin lograr agarrarme/ a los cables acerados de la vida*. Levanta la cabeza, mira hacia el horizonte como si fuera un cuadro hecho de un pincelazo de verde intenso y luego señala los arrumes de gravilla, arena y demás materiales que el río ha ido acumulando en la otra orilla: “Antes era distinto, las canoas de los pescadores llegaban con su carga de comida y las gentes del pueblo estaban a la espera”, nos dice con nostalgia. Hoy, un potente equipo de sonido inunda toda la ribera, mientras dos mujeres alistan el escenario para recibir a los turistas y un hombre nos grita: “¿Qué van a tomar?”

Le agradecemos al hombre y le pedimos cuatro botellas de agua. Caminamos por esa margen que el Saldaña pellizca, guiados por la voz de Nelson Romero Guzmán, el poeta que ha querido compartir con nosotros el regreso a sus orígenes, a los espacios y sensaciones, a los rostros de los amigos y a tantas anécdotas que lo siguen acompañando en su memoria emocional.

El poeta, como impulsado por un atávico llamado, decide saltar sobre una canoa que se encuentra atada a un árbol. Se sienta en una tabla, igual que hiciera tantas veces en su infancia y desde allí sonrío,



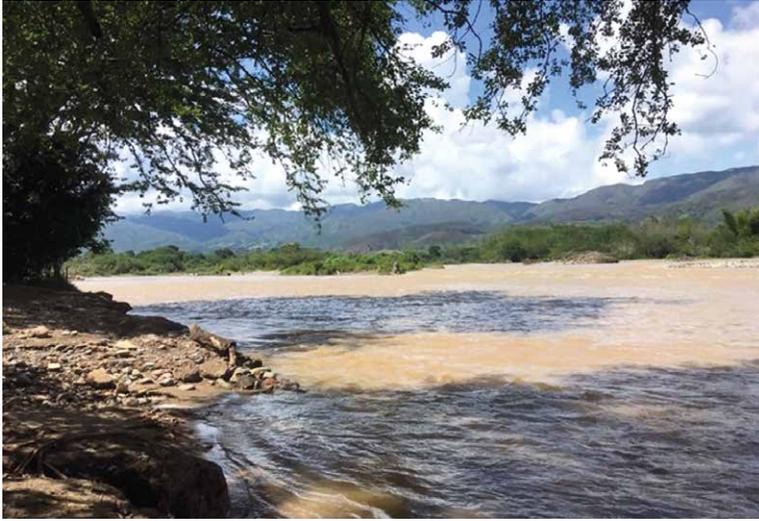
Nelson Romero Guzmán.
Foto de Hilda Lucía Buritica.

esta vez embargado del regocijo por el reencuentro y porque le parece estar llegando al embarcadero. Luego de unos minutos baja exorcizado de la embarcación y nos invita al recorrido por las calles del pueblo que marcaron sus primeros años.

Las calles de Ataco siguen llenas de polvo, así se haya hecho el intento de pavimentarlas, pues el alcantarillado abrió de nuevo los cráteres del pasado. La voz de Romero Guzmán fluye con entusiasmo e intenta describir esas casas de amplios solares, que hoy han sido reformadas por el impulso de copiar modelos de algunas construcciones citadinas y mezclarlos con la pervivencia de los techos de zinc y sus grandes alones.

La primera imagen de su niñez no sabe si la soñó o fue realidad, pero todavía subsisten en su memoria las mañanas del domingo en las que sus tías lo paseaban por las calles polvorientas del pueblo, que bien pudiera haberse llamado Macondo, por lo caluroso y desolado. Siempre lucía orgulloso unos zapaticos blancos, con campanilla y un traje del mismo color. Los recuerdos bien nítidos son los del patio de la casa grande y humilde de sus padres, donde pasó sus primeros años de vida, en medio de muchos árboles que atrapaban las brisas del río y le daban una frescura permanente. Este patio, lleno de hicacos, nísperos y cocos, con el tiempo se posesionaría de sus evocaciones y se transformarían en versos que deambulan hoy por sus libros.

Lo que más disfrutaba del pueblo era lanzarse a las aguas del Saldaña para luchar contra la fría corriente que intentaba zambullirlo. Con su hermano Jorge desafiaban el peligro y cruzaban el río en medio de los gritos por sus hazañas infantiles. Aunque no llegó a ser un boga diestro, afirma con una risa socarrona: “Pero sí aprendí a nadar antes que a leer y a escribir”. Pronto dominó el arte del barequeo y de la pesca. En esta última actividad, con el río como cómplice, supo extraerle su carga de peces saltarines que agonizaban enredados en las atarrayas: “La pesca es para mí una imagen poética de la vida en particular, por eso hago referencias al río y a sus entornos llenos de símbolos que tienen tanto peso en mi poesía”.



Panorámica del río Saldaña. Foto de Libardo Vargas Celemín.

10:30 a. m.

Llegamos a la plaza principal, caminamos sobre las rutas adoquinadas del pasado y cuando le pregunto por su nacimiento y su familia, me responde con una voz llena de orgullo: “Yo nací aquí en Ataco, el 28 de septiembre de 1962. Desde niño fui tímido, retraído y hasta nervioso, fui el quinto hijo del hogar que formaban Gonzalo Romero (q. e. p. d.) y Ligia Guzmán. Mis hermanos son: Jaél, Pablo Abel (q. e. p. d.), Juan, Jorge y Marleny. Éramos una familia muy humilde y trabajadora. Entre el campo y el pueblo transcurrió mi infancia. Logré el contacto con la naturaleza, hice la conexión que me permitió dialogar con el entorno, sobre todo cuando visitaba la pequeña parcela que tenía mi padre en Auracara, una vereda cercana al pueblo. Pero además aprendí los trabajos del campo y, lo más importante, descubrí el río con su magia y su caudal, con su murmullo permanente y el misterio de sus abismos acuosos”. Su cuerpo era delgado, piel morena apaleada por el sol y una gran agilidad física, que le favoreció para hacer los trípodes, donde su padre amarraba los racimos de plátano que los fines de semana iban rumbo al caserío.

Su padre, Gonzalo Romero, fue un campesino que desempeñaba muchos oficios para sobrevivir y sostener la familia. Combinaba los trabajos del campo con los del río: “Era un boga auténtico que conocía las leyes secretas que guarda la corriente. Siempre lo vi en esos oficios de navegar por canoa o ‘guando’ (balsa que sirve para transportar muchas cosas con la dirección de canaletes)”. Su padre nunca tuvo un accidente gracias a la familiaridad que estableció con el Saldaña. Entre tanto su madre, una mujer abnegada y trabajadora, se preocupaba por el bienestar de sus hijos. A sus ochenta



Nelson, primero de izquierda a derecha y sus hermanos. Álbum familiar.

años dice orgullosa: “He sido una mujer emprendedora. Cuando mis hijos eran niños yo tuve restaurantes, una finca y hacía hasta lo imposible para poderles cumplir con su formación”.



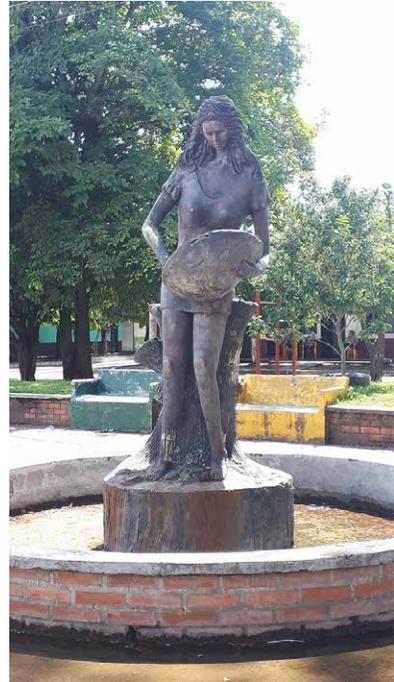
El poeta y sus padres. Álbum familiar.

Una comparación entre los dos temperamentos permite explicar los rasgos del hijo, y es el mismo poeta quien aporta elementos de juicio: “Mi padre era la parte irracional, él vivía en contacto permanente con la naturaleza y tenía mucha sensibilidad. Él estaba siempre pensando en el río”. A veces no lo hacía por las necesidades de la subsistencia, sino por el placer de estar en la orilla, obnubilado por el trascorrir del raudal. Era un hombre que conocía los ciclos, los momentos

en que podía ir con la atarraya y traer pescado: “Yo vi siempre a mi padre como una persona a veces desprendida de lo material y en ese sentido irresponsable”. En cambio a su madre le gustaba el orden: “De mi padre tomé la sensibilidad frente a la naturaleza y de mi madre el arte de ser responsable ante la vida. El ejemplo de los dos me ayudó mucho en mi formación como persona, como ser humano”.

Con un sol ardiente seguimos la ruta de los recuerdos. Nelson Romero Guzmán camina despacio por el pueblo, nos lleva hasta el “Parque de los Barequeros”, espacio que le permite hablar de su experiencia como minero. En Ataco, el oro se esconde en los profundos socavones, pero también aflora en las arenas y pedruscos que las aguas dejan en las orillas. De ese esplendor de hace 50 años ya no quedan sino las leyendas, las anécdotas, un parque con unas modestas efigies de “barequeros” (mineros artesanales), y las remembranzas de las luchas adelantadas para que las dragas de empresas multinacionales no se tomaran el pueblo.

Romero Guzmán alternaba el estudio y la lectura con el duro trabajo del barequeo: “Todos los niños pobres de Ataco, que éramos la mayoría, ejercimos ese oficio. Existía allí la costumbre de que los niños se iniciaban pronto en esa labor. Yo trabajé hasta los veinte años y realicé todos los oficios en las minas artesanales”. Tuvo que abrir hoyos para sacar baldados de tierra, arrastrarlos hasta fuera de la mina, y entregar su contenido. Por cada diez baldes que extrajera, él solo recibía como pago uno para que lo lavara y tratara de encontrar el brillo mágico que iluminara su semblante, pero él no contaba con la suerte de otros y la recompensa por las



Estatua de una barequera.
Foto de Hilda Lucía Buriticá.

agobiantes jornadas de trabajo era regresar a encontrarse con un libro de poemas.

Otra forma de extracción del oro es el de aluvi6n: “Nosotros nos íbamos para las quebradas a barequear con la esperanza de encontrar en medio de la arenilla el punto que reivindicara el día de trabajo”. La gente del pueblo en un gran porcentaje vivía de eso, ahora ya no, porque esta práctica la han prohibido. Los mineros iban en el día, cogían unos gramos y eso les servía para suplir sus apremios. Pero este trabajo tenía un valor agregado para Nelson Romero: “A mí no me representó económicamente grandes sumas, no iba con la ambición de conseguir algo, lo hacía por cumplir con la familia, pero, sobre todo, por enriquecerme con los ritos, mitos y leyendas, en torno a este trabajo comunitario que me aportó tanto para mi producción literaria del futuro”.

Tal vez fue esa infancia, mezcla de riesgos y fascinaciones, la que retarda su vinculación al ciclo escolar. Contaba con ocho años cuando pisó por primera vez las puertas de una institución educativa: “Ingresé a la escuela Camilo Torres de Ataco a los ocho años. Creo que era costumbre de la época entrar directamente a primero y no había preescolar, los padres no tenían esa preocupación de que los hijos estudiaran pronto”. Cuenta que sus primeras experiencias en la escuela fueron negativas. Conoció allí a un profesor de apellido Pérez, de rostro hosco y voz autoritaria que siempre andaba con una regla para castigar a los alumnos que cometieran la más mínima falta. Les hacía estirar las manos con las palmas hacia arriba y las golpeaba con sevicia: “Afortunadamente a mí no me tocó ese castigo, pero tengo una imagen un poco pavorosa de la escuela, aunque a veces aparecen otras muy entrañables también”. Su gran deseo era leer esas cartillas llenas de ilustraciones que reposaban en los anaqueles de los salones. Muy pronto se le cumplió ese sueño y pudo acceder a los primeros relatos y poemas rimados que le produjeron una grata sensación.

El poeta atacuno parece desinhibirse caminando por entre las calles donde la greda se pulveriza y alza un leve vuelo. Avanzamos hasta las puertas del colegio Martín Pomala. Golpeamos varias veces en un port6n

metálico y cuando creímos que por ser domingo no habría nadie que nos permitiera el ingreso, escuchamos unas voces y una joven nos abrió. A lo lejos preguntaron quiénes éramos, el poeta reconoció esa voz que no escuchaba desde hacía más de treinta años y la mujer corrió al distinguir el alumno que siempre ha admirado. En un fuerte abrazo trataron de recuperar el tiempo que había pasado desde su partida. Brevemente, la profesora Herminda Culma le contó de las luchas y los sinsabores de tantos años en el colegio. Nos invitó a seguir y lo hicimos escuchando la voz de Romero Guzmán interrumpida a veces por una risa casi infantil que se tornaba nerviosa, y nos fue revelando el mundo de su adolescencia y juventud.

11:30 a. m.

El ingreso al colegio coincidió con una época en la que estaban en furor las baladas. Los adolescentes y los jóvenes se hermanaban por el gusto de esas letras melosas, mientras los mayores bebían cerveza en fondas y cantinas elevando sus gritos de despecho, duelos y fracasos que cantaban Cornelio Reina, Vicente Fernández y demás artistas mexicanos. El recuerdo de esta época todavía sigue vivo en su memoria y con sarcasmo comenta que este pueblo de Ataco parece atrapado en el pasado, porque de todos los traganíqueles surgen las voces de los nuevos artistas que no difieren en nada de los ídolos de los años setenta. Pero la literatura lo alejó de aquellas prácticas sensibleras: “Yo tenía un grupito de amigos y amigas con los que cantábamos las baladas de *La Nueva Ola Latinoamericana*, para hacerles contrapeso a las notas de las trompetas y violines, pero también con ellos leíamos poesía. Recuerdo a Rosendo Sáenz, Dalila Sáenz, los tres leíamos a Mario Benedetti, a Rubén Darío. Realmente fue la época de los primeros amores y de los encuentros entrañables”.

Un día, un profesor de nombre Faustino abrió en clase un libro: “Era *María*, de Jorge Isaacs, él se dedicó a leernos pasajes de dicho texto, ese fue mi primer acercamiento a una obra literaria, a una novela”.

Paradójicamente, mientras el profesor Faustino abría las puertas de la lectura a un niño deseoso de conocer historias y deleitarse con los versos y las letras, otro profesor le cerraba la posibilidad de entusiasmarse con los números: “Fue el docente Juan de la Cruz Celis, quien me pasaba al frente para resolver un problema y si no lo hacía me golpeaba contra el tablero, siguiendo un modelo de enseñanza medieval”.



Nelson Romero Guzmán cuando era estudiante de bachillerato. Álbum familiar.

En la medida que escalaba grados en el bachillerato, se incrementaba su deseo de lectura y escritura. A ello contribuyó el haberse encontrado en cuarto grado con un grupo de profesores que: “Sentían la literatura, no porque tuvieran que enseñarla, sino porque profesaban pasión por leer y la transmitían, eran verdaderos formadores. Recuerdo a los profesores: García, Jorge Buitrago y Néstor Rentería. Ellos fueron los primeros

que valoraron mi trabajo literario, se acercaron a ver lo que yo escribía y me animaron permanentemente. Ellos se pusieron muy contentos cuando me publicaron los primeros poemas en *El Magazín* de El Espectador. Yo era muy mal estudiante en Matemáticas, Física y Química, pero era muy bueno en Filosofía y Literatura. Un día, en una izada de bandera, yo no estaba programado para salir al frente, pero ellos me invitaron al escenario. Los otros profesores se pusieron furiosos y me hicieron bajar de la tarima porque para ellos no merecía ese honor. Por eso digo con sorna que tuve el honor de izar media bandera”.

El poeta adelantó sus primeros trabajos literarios en secreto.

La timidez, su compañera permanente, le permitió camuflar con una sonrisa de distintos matices su actividad literaria. Escasas eran las personas conocedoras de su práctica poética: “Pocos fueron los escritos que yo mostraba”, pero sí la mayoría de sus condiscípulos lo miraban como “una especie rara”, porque no desaprovechaba el tiempo, sobre todo cuando los profesores faltaban a clase: “Me quedaba leyendo en el salón, mientras los otros gritaban y saltaban, de ahí la costumbre de leer con ruido, a mí el ruido no me molesta, yo puedo leer en medio de una fiesta, allí leía obras de García Márquez, sus cuentos, crónicas y novelas, que me prestaban los profesores”.



Nelson visita años después el colegio Martín Pomala. Foto de Libardo Vargas Celemin.

Las inquietudes del poeta en su juventud no concluían en la literatura, se complementaban con la preocupación por la situación social, sobre todo por la pobreza de la gente del pueblo. Por eso experimentó cierta afinidad con personajes que estuvieran luchando por alcanzar mejores condiciones de vida para la comunidad. Conoció a José Zuluaga Gómez, un hombre de izquierda, comprometido con las causas sociales. Él ayudaba a las personas para solucionar sus necesidades. Era odontólogo empírico y la mitad de su jornada la dedicaba a atender gratis a los necesitados. Además, al poeta le interesaba más su biblioteca: “Fue el primero que me dio a leer la *Balada de la cárcel de reading*, de Oscar Wilde. Era un hombre que leía a autores universales como Balzac. Yo sentía que él me apreciaba, porque le gustaba que fuera a su consultorio para que habláramos de literatura y también me prestaba libros. Era tinterillo y en una ocasión fue alcalde encargado del pueblo y concejal. A él lo mataron en la época en que querían traer la pala draga para explotar el oro del río”.

Uno de los hechos importantes en la historia de Ataco comenzó con la llegada de una compañía minera que hizo unos estudios en el Municipio, halló un gran potencial e intentaron montar la denominada *pala draga*, para acabar con la explotación artesanal que realizaban los atacunos. Alcanzaron a descargar todas las piezas de la enorme estructura, construyeron barracas y una casa a la salida del pueblo. La comunidad de Ataco y municipios vecinos se levantaron para impedir esta agresión al medio ambiente y a la economía local. Hubo marchas y movilizaciones por toda la región. El Grupo Ecológico de la Universidad del Tolima, liderado por el profesor y ambientalista Gonzalo Palomino, colaboró con esta protesta, difundió la noticia nacional e internacionalmente; hizo presencia con estudiantes y activistas; apoyó todas las acciones que se implementaron, al frente de las cuales estaba José Zuluaga. Finalmente se impidió el funcionamiento de la compañía. Con esa experiencia, José Zuluaga creyó oportuno lanzar una lista al Concejo Municipal de Ataco e incluyó al poeta como candidato. Con una carcajada recuerda esta campaña electoral fallida: “No fui elegido, iba por el partido Alianza Nacional Popular

(ANAPO), se perdió por unos pocos votos. Zuluaga creía en mí, pero los habitantes del pueblo, no”.

En sus evocaciones aparece su primera cita amorosa, no fue real, fue metafísica: “Yo me enamoraba de mujeres reales y nunca les declaraba mi amor y llegué a hacerlo hasta el llanto, eso tenía que ver con mi timidez y mi forma de ser, egocéntrica tal vez, metido en mí mismo viví esas pasiones en solitario. Yo tenía una visión muy inocente de la mujer y luego del amor puro, no sé de dónde viene esa sensibilidad. Una vez me enamoré de una mujer real, María del Pilar. Ella tendría 15 años y yo 16, fue en el colegio, ella fue una mujer a la que nunca le di un beso, ni siquiera toqué sus manos. Un amor muy puro, una relación muy extraña. Yo traté de seducirla con la palabra, ella vivía en la casa cural donde había un internado de niñas. Yo me asomaba al parque y ella me veía desde un ventanal y salía clandestinamente y allí nos encontrábamos. El cura llegó a darse cuenta de eso, porque a la entrada de la iglesia había un muro desde donde nos espiaba. Estas citas eran muy inocentes, yo le expresaba mi amor a través de las letras de las canciones y ella sonreía, parecía una escena sacada de una novela romántica”. Esta experiencia duró cerca de un año. Ella se fue para Bogotá a continuar sus estudios. Nunca se volvieron a ver y para perpetuar ese recuerdo le escribió un soneto, “de esos malos sonetos que escribía al comienzo, pero nunca lo publiqué, con el tiempo se me perdió, pero de pronto lo recuperé un día de estos”.

El deseo de abrirse paso entre las letras impulsó al poeta para tener su propio periódico en Ataco. Se unió con varias personas, entre ellas su amigo José Zuluaga Gómez, quien le acolitó este sueño y lo publicaron con el mesiánico título de *El despertar*. Tenía todas las secciones de los grandes rotativos. Era impreso en Bogotá, con noticias, opiniones, entrevistas y eventos de la comarca. Esta experiencia comenzó a llenar un vacío en medio de la abulia colectiva de su pueblo. Un ejemplo del papel que cumplió este órgano informativo lo relata entre sonrisas: “Alguna vez había una alcantarilla destapada, yo escribí una columna denunciando la desidia oficial y a los pocos días la mandaron a tapar”. Pero no solo

se escribía sobre estas particularidades parroquiales, sino que se daba espacio a temas como el papel que cumplía Manuel Elkin Patarroyo, importante investigador nacido allí y catapultado mundialmente como pionero de la búsqueda de una vacuna sintética contra la malaria.

Esa experiencia con el periodismo en Ataco sembró un interés por abrazar esta profesión. Cuando viajó a Bogotá, inclusive alcanzó a cursar un semestre en el la Fundación Universitaria para el Desarrollo Humano (Uninpahu), pero las condiciones económicas no le permitieron continuar. Con los años, su deseo de ser un reportero destacado se fue diluyendo. Sin embargo, encontró en su hijo mayor, Edwin Andrés Romero Santofimio, a la persona que materializaría sus sueños. Edwin trabaja como realizador audiovisual y periodista vinculado a la Casa Editorial de El Tiempo.

El poeta recuerda que tuvo una vacilación frente a su verdadera vocación literaria. Pensó por unos días que podría convertirse en un sastre: “En Ataco había muchos sastres, mi madre tenía un restaurante, algunos de ellos iban a comer todos los días, yo trabajaba para ellos pegando botones a los pantalones y cogiendo las botas, ellos me ayudaban con algo para mis estudios. Una vez llegó una academia de sastrería al pueblo y yo fui el primero en inscribirme, porque estaba decidido a ser otro sastre más. Alcance a hacer varios modelos con papel del que se usa para empaquetar el cemento. Una noche se robaron las máquinas y nos dejaron sin donde practicar, nos asaltaron el futuro y por eso tuve la convicción de que la profesión de mi vida sería la escritura”. Su primer paso fue cambiar el papel *kraft* de las bolsas de cemento por hojas más suaves, en las que la fluidez de la tinta dibujara paisajes con palabras, universos con metáforas y cavernas mentales de artistas alucinados de su plena libertad.

Ataco era un pueblo católico y Romero Guzmán provenía de una familia conservadora en sus creencias religiosas y políticas. Su abuela era el símbolo de esa tradición y sus tías fieles seguidoras de los rituales. Ellas iban a comulgar diariamente y rezaban el rosario en las noches. “Yo también iba a misa con mi padre, que me hacía levantar temprano

los domingos. Pero las cosas cambiaron cuando comencé a leer a los “Nadaístas”, contaba con veinte años y me declaré en rebeldía con todas las creencias. Me volví iconoclasta como ellos y traté de imitarlos. Cometí varias veces sacrilegios. Con Luis Molina, un amigo, íbamos a la iglesia y usábamos los ganchos, de esos que utilizan las mujeres para cogerse el pelo, los introducíamos en las ranuras de las alcancías donde se recogía la limosna y sacábamos los billetes que habían echado. Digamos que fue una rebeldía sin causa”.

Hubo una época en que el colegio Martín Pomala entró en conflicto, se crearon dos bandos: el de la rectora, apoyada por unos profesores y estudiantes; mientras los docentes de humanidades solo contaban con unos pocos alumnos, entre los cuales estaba el poeta, que presentaba dificultades con las ciencias duras y prefería volarse de la clase de Química para ir a la biblioteca del plantel. Además publicaba un periódico crítico y se comía las patillas de la huerta del colegio. Todos estos elementos hicieron parte del “prontuario” que le llevaban los profesores de matemáticas y que se reboseó con un conato de incendio, hecho que se le atribuyó a él y a un amigo. En realidad había sido su amigo quien había arrojado un fósforo al pasto seco del patio, pero él asumió la responsabilidad que le costó una resolución de expulsión, cuando cursaba quinto de bachillerato: “Era el mes de abril y simplemente me fui del colegio, no apelé la decisión y me puse a coger café y trabajé también en las obras públicas del Municipio”. Cansado de estos trabajos, decidió buscar un verdadero futuro y con la ayuda de una hermana y dos hermanos que vivían en la capital del país, resolvió enfrentarse a la metrópoli.

Nelson Romero Guzmán, el ahora poeta consolidado, camina por los pasillos del Colegio Nacional Martín Pomala y nos hace partícipes de sus temores al enfrentarse a la vastedad de una gran ciudad y lo que significó la capital de la República en su vida. Entre tanto, mientras él sigue su recorrido con la profesora me detengo frente a los muros de la amplia edificación escolar y leo los mensajes escritos en distintas épocas. Intento hallar una frase, un verso, algo que le recuerde a las nuevas generaciones

que allí eclosionó la pasión por la literatura de uno de los grandes poetas colombianos actuales, pero no encuentro ninguna pista de su paso por este lugar.

Retomo su narración: “Viajé a Bogotá en 1982 y allí concluí el quinto y el sexto en un colegio nocturno. Yo terminé realmente muy tarde, a los 23 años. No reclamé el cartón el día de la clausura, pero cuando lo necesite para un empleo, cuatro años después, fui al colegio, no apareció dicho documento y me tocó adelantar una serie de trámites, fue toda una tragedia”.

Bogotá fue para él una experiencia muy formativa, porque allí tuvo contacto con escritores, participó de los talleres de Eutiquio Leal, conoció al poeta Juan Manuel Roca, quien con el paso de los años se convirtió en uno de sus grandes amigos. En 1988 publicó su primer libro *Días sonámbulos*: “Tuve la fortuna de que María Mercedes Carranza me escogiera para cerrar las actividades del año en la Casa de Poesía Silva. Ella comentó que *Días sonámbulos* había sido el mejor libro publicado en ese año, y esto me permitió ir a leer textos a la Biblioteca Nacional y asistir a muchos eventos culturales en la ciudad, pero también fue una vida dura”. Gracias a sus hermanos que vivían en Bogotá, pudo tener un sitio donde llegar e inició su trasegar por varios oficios: “Trabajé en una empresa de licores por catálogo, pero la mayor parte del tiempo lo pasaba en la Casa de Poesía Silva”.



Lectura de poemas con Santiago Mutis en la Casa Silva. Álbum familiar.



De izquierda a derecha: Alfredo Vanín, Nelson Romero, Rómulo Bustos, María Clemencia Sánchez, Juan Manuel Roca, Jotamario Arbeláez, Horacio Benavides y Jaime García Maffla.
Álbum familiar.

“Yo leía mucha poesía colombiana. Visitaba muy poco a los clientes, lo hacía con mucha timidez y temor”. Realmente fue una época de sobrevivencia muy difícil. Trabajó en un supermercado familiar y fracasó, porque se dedicaba más a la lectura y a la escritura y cuando alguien llegaba a preguntar por un artículo, él les informaba que no había y continuaba en su trabajo literario: “También trabajé en inspecciones de Policía; como secuestre en diligencias de embargos y peritazgos judiciales ganaba algún dinero, pero necesitaba tiempo para leer y escribir poesía”.

En medio de la lucha por la supervivencia y por avanzar en su afición, al poeta se le abrió una puerta increíble. “Un amigo me contó que un juez en Purificación estaba necesitando un citador. El requisito imprescindible, curiosamente, era ser poeta. Luis Eduardo Gutiérrez, Juez Primero Municipal del Circuito, era un hombre que amaba la literatura desde la época de estudios universitarios y sentía la necesidad de tener a alguien con quien poder dialogar sobre poesía. “Gutiérrez me aceptó como citador, fue una experiencia muy interesante, esto cambió mi vida

al haber ingresado a la Rama Judicial. Fue la primera vez que ocupé un cargo, en el que debía cumplir horario”. La aceptación del cargo concluyó con cuatro años de su vida en Bogotá, pues fijó su nueva residencia en Purificación.

1:00 p. m.

Cuando la sed nos acosa, salimos del colegio Martín Pomala y nos dirigimos de nuevo a la plaza. Pequeñas gotas de sudor se deslizan por nuestros rostros. Mientras tomamos agua en una modesta cafetería le comento al poeta mi extrañeza, porque entre tantos muros llenos de frases y poemas, en el colegio no había encontrado una sola mención a su obra, pese a ser reconocida internacionalmente. Él me mira y se limita a decirme: “Porque todavía está la rectora que me expulsó cuando cursaba quinto de bachillerato”.

Caminamos despacio hacia otro lugar del pueblo. El calor nos hace buscar refugio y descansamos bajo una ceiba por algunos minutos, mientras el poeta nos cuenta su llegada a la ciudad donde vive actualmente.

“Para mí Ibagué es la ciudad perfecta, tiene una característica especial, es una ciudad, pero a la vez es un pueblo. Tú puedes ir al centro de la ciudad o al barrio El Jordán y encontrar centros comerciales modernos, pero cuando llegas a la periferia, ya estás en un pueblo de verdad. También tiene una zona campestre que es admirable, por ejemplo el Cañón del Combeima. Me gusta vivir en esta ciudad”.

La grata experiencia en Purificación duró dos años: “Al juez Gutiérrez lo trasladaron para Ibagué y yo era provisional, no estaba en propiedad; una tarde me llamaron para informarme que el cargo iba a ser ocupado por una persona de carrera. Entonces yo también me fui para Ibagué y un juez que conocía me ofreció un cargo de escribiente por tres meses. Cumplido el tiempo, quedé de nuevo sin trabajo”. El mismo día en que quedó cesante se fue a un bar en la calle 10 con carrera 5.^a: “Arte y Café”, un tertuliadero de artistas e intelectuales. Allí se encontró con el

magistrado José Antonio Almanza, personaje por el que siento un gran afecto. Se centraron en una larga conversación sobre libros y poetas: “Yo creo que la poesía ha estado en los momentos precisos para ayudarme, por eso aproveché una pausa y le comenté que había quedado sin empleo ese mismo día y como él era un hombre a quien respetaban en la Rama Judicial, me dijo que fuera a la mañana siguiente y efectivamente me hizo nombrar en provisionalidad. Realmente, para mí la Rama Judicial era un trabajo que yo hacía para sobrevivir y aproveché para matricularme y terminar la Licenciatura en Filosofía de la Universidad Santo Tomás, otro de mis sueños y que me ha aportado mucho en mi trabajo literario”.

Cuando se radicó en Ibagué en el año 1992, el poeta ya tenía una noción del ambiente cultural que se movía en la ciudad y especialmente en la Universidad del Tolima, gracias a que en Ataco había una biblioteca pública que funcionaba en la Alcaldía y allí llegaban todos los libros publicados por Pijao Editores y Colcultura. Eran muchas obras de literatura las que llegaban: “Para mí los libros de Editorial Pijao tienen un significado muy especial. Yo me encuentro con un libro de Pijao y enseguida lo compro. Ese material en papel periódico y caratula bicolor me encanta, porque con ellos empecé a conocer los escritores del Tolima, por ejemplo a Víctor Hugo Triana, todavía guardo un libro de él que se llama *Casi poemas*. También un libro de Sepúlveda y *La muchacha del violín*, de Carlos Orlando Pardo. Para mí esos libros estaban vinculados afectivamente con ese descubrimiento.

Yo tenía noticias de lo que hacía en la Universidad del Tolima el periodista y narrador Camilo Pérez Salamanca, había leído varios números de *Panorama universitario*, también los cuentos de *Una canción sin ternura*. Tenía un conocimiento panorámico de los escritores de la región. Quería conocer a Hipólito Rivera, había leído su poesía y me parecía que era el poeta más cercano a la concepción que yo tenía en ese momento. Encontré en la tradición de la poesía del Tolima mucho rimador, mucho costumbrismo y paisajismo, y pensaba que por ahí no era el camino y encontré en la poesía de Rivera que, a pesar de sus referencias locales como

el Combeima o el Mohán, había una frescura del lenguaje y unas búsquedas distintas. También leí a Jorge Ernesto Leyva, un poeta interesante. De esa manera vine a descubrir a Ibagué”.

Su primer contacto con los escritores del Tolima fue en un taller que dictó Juan Manuel Roca, uno de sus grandes amigos e impulsor de su trabajo: “Fue una actividad cálida en la que pude compartir con poetas y escritores, conocerlos y saber cómo eran sus vidas. Inclusive allí conocí a Luz Stella Rivera, una narradora, quien más tarde publicaría dos novelas infantiles, y es ahora mi esposa y madre de mis dos hijas: Lluvia María y Oriana”.



El poeta con sus hijas y su esposa. Álbum familiar.

Luz Stella Rivera es el complemento ideal para el poeta. De la relación de pareja afirma Nelson: “Cuando uno se casa, a lo largo del tiempo de vivir en unión, uno entiende que adquirió varios matrimonios con esa misma persona. Somos un matrimonio literario además del pretexto eucarístico. Nos ayudamos mutuamente con toda sinceridad. Somos críticos. Nos hacemos caso si hay que borrar o botar al cesto de la basura. Hablamos mucho, somos chismosos y nos divertimos; combinamos con un poco de música y vino, cocinamos juntos, y a veces peleamos, para lo cual se requiere otro tipo de talento”.

Luz Stella aparenta ser parca, pero cuando se trata de hablar de poesía participa con una voz recia y enfática; habla sobre su matrimonio con el poeta: “Casi siempre le sugiero títulos, seleccionamos textos y armamos libros. No nos tenemos compasión con el asunto literario, cientos de hojas han ido a parar al reciclaje”. Sobre su concepto de la poesía de Nelson no duda en afirmar: “A él nada le sale forzado, su escritura es natural, desafortunadamente es muy tímido y no le gusta mostrarse. Sin embargo, los pocos amigos que tenemos (somos solitarios), se han encargado de difundir su trabajo literario. De esa manera lo han hecho conocer en muchas ciudades, universidades y países”.

El poeta rememora la época de recién llegado a Ibagué y su participación en el proyecto de la fundación de la “Casa de Poesía Eduardo Carranza” que fue un fracaso, solo funcionó por unos pocos meses. Esta etapa también fue de bohemia, en la que todos soñaban con ganarse premios, leían y escribían mucho, se tenía una vida intelectual combinada con las tertulias; circulaban los cuadernillos de Carlos Castillo, el poeta urbano de la ciudad: “Yo descubrí ese ambiente, pero me di cuenta que había que superarlo, aunque percibí en un grupo de autores regionales que eran buenos lectores, pero también había mucho coloquialismo y mucha adherencia a la tradición, digamos casi que la literatura era una continuación de su folclor, de las letras de las canciones. Ibagué como ciudad ya entró en mí a través de los escritos, tengo muchos poemas referentes a la ciudad y de la experiencia de la vida allí”.

El pintor y narrador Benhur Sánchez, quien fungía como director de la Biblioteca Darío Echandía, invitó a Nelson Romero y a Luis Eduardo Gutiérrez para que coordinaran un taller de poesía. Iniciaron este ejercicio en el año 2000, con gran entusiasmo, porque les permitía interactuar con un grupo de entusiastas de la poesía que buscaban intercambiar experiencias, leer sus trabajos y recibir orientación de personas con mayor recorrido en este campo. El aporte de Romero Guzmán a la formación de nuevas figuras de la poesía del Tolima se complementó a partir del año

2015, cuando se vincula como docente de tiempo completo del Instituto de Educación a Distancia de la Universidad del Tolima.

1:30 p. m.

Caminamos de nuevo, pero despacio, para no alborotar el sopor que se extiende por todas las calles. Nos dice que vamos en busca de una sorpresa. Entramos a la zona de los almacenes que exhiben sus mercancías en tablas de triple que sostienen con ganchos los trajes femeninos. De pronto nos detenemos ante el muestrario lleno de prendas de vivos colores. El poeta va hasta el mostrador y regresa con una dependiente, a quien ayuda a correr un exhibidor y de repente aparece una placa de mármol que anuncia: “En esta casa nació el poeta Jesús Antonio Cruz, Martín Pomala”. Nelson Romero posa de perfil ante la placa con una sonrisa reprimida, luego de las fotos le ayuda a la dependiente a ubicar el exhibidor en el mismo sitio donde estaba antes. Así termina nuestro encuentro con el poeta Martín Pomala, cuyo recuerdo para los atacunos de día se oculta tras los vestidos femeninos y en la noche queda como expósito en la calle solitaria.

Nelson Romero Guzmán confiesa que se enamoró de los versos de su paisano sin haberlo leído, porque era muy popular en su pueblo. En todo evento cultural que se realizara en el colegio, siempre había un concurso de declamación y los poemas de Martín Pomala eran infaltables. El poeta recuerda que personas como Gilberto y Raúl Díaz sabían de memoria los poemas del libro *Sangre*: “Ese fue mi primer contacto, no con sus libros, sino con las voces que declamaban sus poemas”.



El poeta frente a la placa que señala la casa donde nació Martín Pomala.
Foto de Libardo Vargas Celemin.

En Ataco, varias personas citaban estrofas de la obra de Pomala, como si se tratara de versículos de una Biblia local. Por ejemplo, un campesino adquirió fama en la población por recitar fragmentos con gran entusiasmo y allí Romero Guzmán aprovechó para aprendérselos, ya que era difícil conseguir el libro. Además comenzó a imaginarse la figura de Pomala y a escuchar qué se decía de él, inclusive las especulaciones sobre su locura. Un día llegó un vendedor de libros al pueblo con la obra de Pomala. Su hermano, quien conocía su afición por el vate, lo compró y se lo mostró. No quiso prestárselo, porque él quería leerlo primero: “Esa noche no pude dormir, quería que amaneciera rápido para tener el libro entre mis manos y fue cuando me interesé más por esa obra, la misma que aprendí de memoria”. Aunque ya no recuerda la totalidad de los poemas, sí conserva muchos fragmentos en su mente y esta experiencia lo llevó a hacer una investigación sobre el poeta. Cuando viajó a Bogotá estuvo por varios días en la Biblioteca Nacional y escribió una biografía de su paisano. Después adelantó un estudio comparativo con *Tierra de promisión*, de José Eustasio Rivera: “Yo tenía muchas inquietudes sobre el poeta y desde que cursaba cuarto de bachillerato su poesía era una obsesión para mí”.

Otros autores hicieron parte de esas lecturas iniciales y él tuvo la oportunidad de comparar y moldear un gusto más sólido. Siguió la ruta que le trazaba la disponibilidad de libros en la Biblioteca Municipal y en la del colegio, luego leyó a Guillermo Valencia, Diego Fallon, los poetas piedracelistas, a Carlos Castro Saavedra y se fue introduciendo en otras vertientes, ya no de la poesía colombiana, sino hispanohablante: “Estudí autores españoles de la Generación del 98 y la del 27, con ellos descubrí que ya la poesía se había renovado y que debía ponerme al día con esta evolución”. Por esa época esperaba la llegada del domingo para comprar el *Magazine de El Espectador*, en el que venían poemas contemporáneos y comentarios de libros. Así pudo enterarse de qué estaba pasando en otras partes, ya que Ataco era un pueblo escondido, la población más cercana quedaba a hora y media, porque no había carretera y llegar a Coyaima era toda una odisea.

2:00 p. m.

Nos marchamos hacia la casa paterna de los Romero Guzmán. Esa casa del pasado se ha transformado, ya no tiene los árboles de su niñez, pero conserva el ambiente y la calidez familiar. Doña Ligia, su madre, como toda una matrona da órdenes para que nos atiendan y gentilmente nos sirven los platos típicos de la región.



Casa paterna de Nelson Romero Guzmán en Ataco. Foto de Hilda Lucía Buriticá.



Placa a la entrada de la casa donde nació Nelson Romero, homenaje de su familia.
Foto de Hilda Lucía Buriticá.

Las tejas de zinc braman ante el impacto de los rayos sobre sus lomos. Doña Ligia me alcanza el álbum familiar para que seleccione las fotos necesarias. Se ubica frente a mí, en una silla mecedora y mientras se abanica, con voz suave, va contando las historias de su hijo. Narra que el poeta era muy cariñoso de niño, igual que ahora. Aunque tímido, siempre estaba adelantando proyectos: “Hubo una época en que llenaba de cemento los tarros de galletas usados y los convertía en pesas, porque tenía la obsesión de tener músculos abultados, como señal de hombría”.

Selecciono dos fotos de la adolescencia de Nelson Romero Guzmán y sigo escuchando a su madre. Hilda Lucía, mi compañera, sale en busca de la brisa que pasa por la calle ancha y el poeta reposa en un cuarto adjunto a la sala. Doña Ligia retoma la palabra para decir cómo se dio cuenta de que su hijo iba a ser escritor. Cuando tenía doce años, él decidió escribir en la noche y ella le pedía que se acostara, pero él no accedía. Tomó por costumbre escribir hasta la madrugada con una disciplina sin tacha, y ella supo que nadie le haría cambiar esa ilusión: “Resolví entonces apoyarlo, aunque no creía que se pudiera vivir de la poesía, pues tenía como ejemplo al poeta Martín Pomala, pero decidí comprarle el papel y la cinta para la máquina de escribir”. Cuando le pregunto qué siente cuando le dicen que su hijo se acaba de ganar un premio, ella responde: “muy orgullosa, muy orgullosa” y su voz se quiebra por un instante. Él siempre le consulta las cosas importantes de su vida. Por eso cuando le dijo que se iba a cambiar del Poder Judicial a la Educación y luego que se vinculaba a la Universidad del Tolima, “sentí mucha alegría porque entendí que eran escalones importantes para él”.

El anfitrión parece que ha dado por terminada la siesta y ella lo ve salir hacia el patio y se cruzan una sonrisa. Aprovecho para hacerle una última pregunta y ella accede y se alisa la falda del vestido. ¿Ha leído los libros de su hijo? Ella susurra con picardía “sí señor, todos pero... a veces no los entiendo”. Y suelta una carcajada.

3:00 p. m.

Voy hasta la tienda de enfrente por una botella de agua y allí tres mesas unidas albergan a parte de la familia del poeta. Su hermano Jorge, sobrinos, primos y amigos han consumido bastante cerveza y cuentan anécdotas que irradian carcajadas por todas partes. Cuando le pregunto a Jorge sobre la infancia junto al hermano, me corrobora todo lo afirmado por él. Me dice que no nació para el arte, pero sí para los negocios y cuando le hago la pregunta reina, si ha leído los libros de su hermano, guarda un breve silencio, y los compañeros de mesa gritan que no. Ante la evidencia, él me mira y con gran solemnidad afirma: “No señor, pero muy pronto me voy a pensionar y lo primero que voy a hacer es leer los libros de mi hermano”.

3:20 p. m.

Desde una poltrona el poeta mira los cuadros en los que tiene enmarcados los primeros comentarios críticos de su obra, mientras otros dan cuenta de los premios recibidos. Nelson se sumerge en la remembranza de sus textos. Ya no sonrío, cierra los ojos por un minuto e iniciamos un recorrido placentero por entre carátulas, solapas, estrofas y versos de su obra, unas veces saltando y otras retrocediendo frente a las fechas de publicación de sus trabajos literarios.

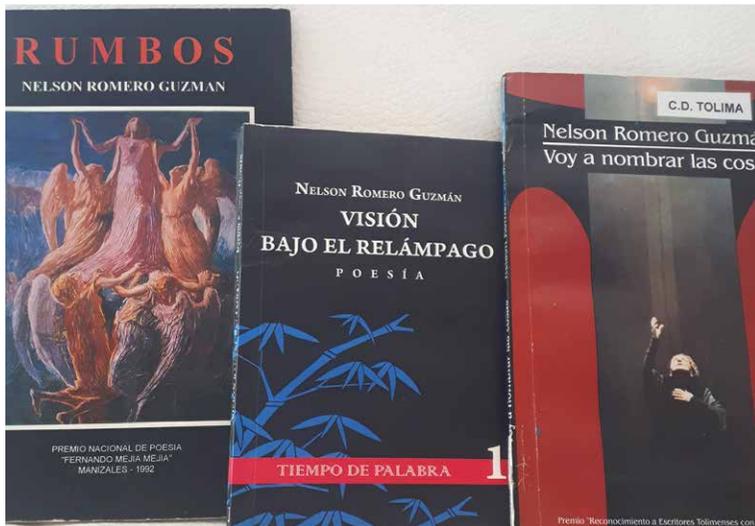
Cuando uno ha leído los libros publicados por Nelson Romero y retorna a la relectura de *Días sonámbulos* (1988), su primer libro, se da cuenta que en esos versos ya estaba esbozada su “arte poética”, en la que la búsqueda reflexiva y el diálogo permanente con la poesía se conjugan tratando siempre de guardar una distancia frente a la realidad contextual, mediante la creación de símbolos.

Su segundo libro, *Rumbos*, fue ganador del Premio Nacional de Poesía Fernando Mejía Mejía, Manizales, 1992, y publicado en Ibagué en abril de 1995. La voz del poeta da cuenta de sus reflexiones sobre esa búsqueda que iniciara, como un sonámbulo, en el libro anterior. Su

peregrinación esta vez va guiada por un *Dios encerrado en su pupila* que le deja su túnica para que avance en dicha peregrinación.

Este libro inicia una sólida presencia de Nelson Romero Guzmán en la poesía colombiana, en la que desacraliza visiones, reelabora la naturaleza, hace uso de técnicas contemporáneas y se enfrenta a los fantasmas interiores que se vuelven una presencia constante en sus versos. Fueron acertadas las intuiciones que William Ospina consignó en la contracarátula del libro, cuando escribió: “En este poeta encuentro no solo la certeza de poemas magníficos, sino la promesa de una obra llena de aliento y de caminos para los nuevos templos de la poesía en nuestra lengua. Estoy muy contento de haber participado de algún modo en su descubrimiento”.

Además de *Días sonámbulos* y *Rumbos*, un libro que apareció en el año 2000, refrendó su trabajo paciente, disciplinado e imaginativo: *Voy a nombrar las cosas*. Con este texto obtuvo un premio regional: “Reconocimiento a escritores tolimenses con presencia en Ibagué”, otorgado por la Alcaldía de la ciudad y el Fondo Mixto del Tolima. En ese texto se asoma a la cotidianidad, materia que será tratada con mayor profundidad en dos obras posteriores.



Primeras publicaciones de Nelson Romero Guzmán. Foto de Hilda Lucía Buriticá.

Con la obtención del XIV Premio Nacional de Poesía Universidad de Antioquia 1999, Nelson Romero inicia un ambicioso proyecto poético que corresponde a una trilogía, en la que sus protagonistas son los pintores Vincent van Gogh, Francisco de Goya y Edward Munch.

En *Surgidos de la luz*, el poeta holandés Vincent van Gogh es evocado por una voz poética que recorre las acciones y las reflexiones del pintor. Aquí aparece la lucha del artista por sobreponerse a las vicisitudes de la vida y dejar su huella. Los lienzos reflejan la precariedad material, pero también la rica propuesta artística que emerge de la contemplación alucinada de los espacios, los seres y los objetos.

El doctor en Literatura, Jorge Ladino Gaitán Bayona, profesor de la Universidad del Tolima, en un artículo publicado en la revista peruana *Sieteculebras*, explica el procedimiento denominado “ecfrasis” utilizado por el poeta Romero Guzmán en los tres textos que tienen como referente a los pintores. Gaitán Bayona afirma: “No se trata de la simple imitación o de considerar que el escritor deba traducir al lenguaje verbal, el lenguaje pictórico. En este caso lo que opera es la intertextualidad, en tanto hay actos de resignificación, transformación e reinención”.

El segundo libro de su trilogía se titula *La quinta del sordo* (2006). Francisco de Goya, con sus imágenes alucinantes logra bucear en su interioridad para luego proyectarse en esas imágenes de claroscuros que generan desazón en el espectador. El trabajo del poeta, más que describir,



Los tres libros sobre los pintores van Gogh, Goya y Munch. Fotomontaje Libardo Vargas Celemín.

es explorar sentimientos, estados del espíritu y correlacionarlos con la paleta cromática. El poeta y crítico Guillermo Martínez González sintetiza argumental y conceptualmente la propuesta de este libro, cuando afirma: “Nelson Romero reconstruye la vida de Goya, su conciencia poblada de espantos y creencias maléficas; su ansia de encontrar los colores escapados de Dios, el color infinito que disuelve las distancias entre la tierra y el cielo”.

El tercer libro con el que se cierra la trilogía: *Bajo el brillo de la luna*, obtiene en Cuba el Premio Casa de las Américas 2015. El pintor recreado en la prosa poética de Nelson Romero es el noruego Edward Munch. Este premio es de gran importancia porque lo da a conocer en toda Latinoamérica. Se escriben distintos comentarios en revistas especializadas, le realizan entrevistas y es invitado a dictar charlas, conferencias y a leer sus textos en distintos escenarios.

El jurado de la edición número 56 del Premio Literario Casas de las Américas, 2015, fue unánime en su decisión de otorgarle el premio al libro *Bajo el brillo de la luna*, de Nelson Romero Guzmán de Colombia: “Por la ingeniosa sucesión de los recursos verbales que fluyen con asombrosa riqueza de imágenes, así como los soportes estructurados de una angustia vital, que hace de los autorretratos y de otras obras plásticas de artistas, un contrapunto de confesiones fantasmales”.

El premio internacional de Casa de las Américas, que cuenta con medio siglo de tradición y que ha sido otorgado a figuras cimeras de la poesía latinoamericana, fue recibido por el poeta con la misma humildad que lo ha caracterizado. Él siente una gran satisfacción porque sus propuestas estéticas, que van cambiando en cada libro, han recibido la aceptación de expertos críticos, creadores y, aunque sus textos aparezcan como crípticos para un tipo de lector, en ellos subyace siempre el mismo interés por trascender el paisaje y la descripción de la realidad para intentar, a través del símbolo, penetrar en los conflictos interiores de los hombres.

Romero Guzmán explica por qué escogió estos tres pintores (van Gogh, Goya y Munch) para construir sus poemarios. Ellos “expresan en

sus obras la condición humana. El arte y la poesía en general tienen un compromiso con ella, con el ser del hombre y su razón de estar en el mundo, frente a las circunstancias, frente a las encrucijadas en sus momentos históricos”.

Con el libro *Música lenta* (2014) gana el Premio Nacional de Poesía del Ministerio de Cultura, en su versión correspondiente al Programa de Estímulos del año 2015. El jurado calificador declara en el acta de premiación: “*Música lenta* es un libro muy original que mezcla diversas texturas literarias y plásticas. Recobra fantasmas como en *La última crónica del tren*, que nos sitúa en su comarca natal, Tolima, y en los ásperos tiempos de la violencia que vivimos”.

Este libro sorprende desde el mismo prólogo a cargo, metafóricamente, de la poeta norteamericana *Sylvia Plath*, una mujer sumida en profundas crisis mentales que se suicida en el año 1963. Cuando la mayor parte de los prólogos se dedican a elogios y exaltaciones, el poeta tolimense utiliza la voz polémica de la autora norteamericana para que lo increpe sobre la calidad de los poemas y para suplicarle: *Nelson, te lo pido, no escribas más, nunca te leerán. Déjame descansar en paz.*

Haber obtenido el premio del Ministerio de Cultura, lo mismo que



Carátula del libro *Música Lenta*.
Foto de Hilda Lucía Buriticá.

el de Casa de las Américas en el 2015, le abrió innumerables puertas al poeta. Logró consolidar su estabilidad laboral en la Universidad del Tolima; fue invitado a recitales y conferencias, en eventos nacionales e internacionales realizados en México, Panamá, Perú, Venezuela, Chile, Brasil, donde pudo compartir sus textos, dialogar con el público y conocer una serie de poetas, escritores e intelectuales.

En el 2005 publica su poemario *Grañas del insecto*, en el que sus protagonistas son aquellos seres casi invisibles que tienen como tarea atormentar al hombre y en los que encuentra grandes analogías con las acciones que este último realiza. El libro está poblado de ironías que parten de redefiniciones como la de esos insectos relacionados directamente con la materia prima de la escritura: el papel y sus enemigos: las polillas, los pulgones, los ácaros, las hormigas y hasta las langostas.



Dos libros que resaltan la elementalidad de seres vivos y objetos.
Foto de Libardo Vargas Celemin.

Con *Obras de mampostería* (2007), Nelson Romero obtiene el Premio Nacional de Literatura Ciudad de Bogotá. Esta vez el campo semántico es el universo de la construcción y esa referencia, poco expresiva para algunos, se transforma gracias al poema, la narración y la prosa poética en contraste con el ser humano y las falacias con las que convive diariamente. Hay una desacralización de las figuras que pueblan la mente, al igual que una entronización de nuevos símbolos que producen la ironía. El siguiente fragmento del poema en prosa número 30, declara: *Si algún lugar de verdad fuera el Paraíso, sería una clínica de enfermos mentales,*

donde estuvo asilada Narcisa. Lo demás es la falsa versión del psiquiatra del génesis.

4:30 p. m.

El poeta se levanta de la poltrona, camina unos pasos en la sala y estira sus brazos. Su madre lo mira con una sonrisa mezcla de orgullo y ternura. Frente a la casa continúa la tertulia de sus familiares y el calor comienza su lento descenso. Va a la puerta y alguien de la mesa lo ve y todos al unísono reclaman su presencia. Camina despacio, franquea la calle y pienso que las respuestas faltantes van a naufragar entre las cervezas que testimonian la alegría del reencuentro y el cariño que le profesan a su poeta favorito. Pero no, él pide una botella de agua y escucha las protestas de los contertulios. “Tengo que seguir trabajando, pero esta noche nos desquitamos”, les dice a los presentes y se levanta. Pasa la calle y veo su sonrisa socarrona celebrando la forma en la que se liberó del compromiso para seguir hablando de otros libros.

La inclusión en antologías de la poesía regional, nacional e internacional, de la obra de Nelson Romero Guzmán es copiosa. Entre otras, se pueden enumerar los libros: *Poetas tolimenses del siglo xx*, de Pijao Editores (2002). *Antología de la poesía colombiana actual*, Editorial Alhucema (2007). *Visión bajo el relámpago* (2009), de Ediciones Tiempo de Palabra. La Universidad Pedagógica de Tunja lo incluyó en el libro *Desde el umbral de la poesía colombiana en transición* (2009). La Biblioteca Libanense de Cultura publicó en el 2011 un libro conjunto de la poeta mexicana Kenia Cano y del autor colombiano Nelson Romero Guzmán: *Apuntes para un cuaderno secreto*, que contiene una selección de textos inéditos (2004-2011). Ediciones Exilio publicó el libro *Mientras el tiempo sea nuestro. Antología personal*, junto a cuatro autores más. El sello Editorial de la Universidad del Tolima publicó el libro *La locura de los girasoles* (2015), una edición de dos textos publicados anteriormente: *Surgidos de la luz*,

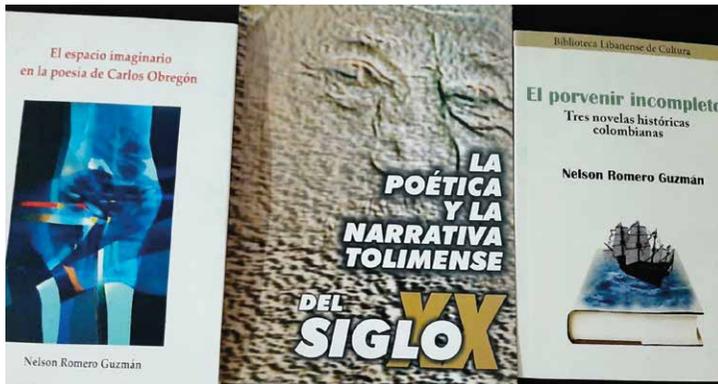
con traducción al inglés por Andrés Berger Kiss y *La quinta del sordo*, al igual que comentarios críticos de varios autores nacionales que hablan sobre la obra del vate de Ataco. Una de las últimas antologías personales de Romero Guzmán, *Animal de oscuros apetitos*, fue publicada por la Universidad Externado de Colombia en el año 2016.

Respecto a su relación con el poeta, novelista, cuentista y traductor de origen húngaro y con nacionalidad norteamericana, Andrés Berger Kiss, que conoció en una lectura de poemas programada en la Biblioteca Darío Echandía, Romero Guzmán manifiesta el profundo aprecio que sintió por este artista ya fallecido: “Él fue un admirador de mi poesía, especialmente del libro que escribí sobre Vicente van Gogh, lo tradujo todo al inglés, lo hizo suyo, se volvió su segundo autor. Lo recuerdo con mucho cariño y fue solidario. Venía cada año a visitarme a Ibagué. Soñaba verme llegar muy lejos. ¿Qué amigo se mete en los sueños del otro? Su imagen y sus ideales de humanidad me acompañarán siempre”.

La experiencia crítica comienza a forjarse desde el año 2000, cuando en coautoría con Luis Eduardo Gutiérrez y Libardo Vargas Celemín escriben el libro: *La poética y narrativa del Tolima del siglo xx*, cuya publicación fue auspiciada por el Fondo Mixto de Cultura del Tolima.



Algunas de las antologías que incluyen a Nelson Romero Guzmán. Fotomontaje de Libardo Vargas Celemín.



Libros de ensayos de Nelson Romero Guzmán. Foto de Hilda Lucía Buritica.

En el año 2012, Nelson publica dos libros de ensayos: *El porvenir incompleto, tres novelas históricas colombianas*, de la Biblioteca Libanense de Cultura, que corresponden a *El árbol imaginado*, de Carlos Flaminio Rivera; *El país de la canela*, de William Ospina y *Buen viaje general*, de Benhur Sánchez Suárez. En el prólogo del libro, el poeta y doctor en Literatura, Jorge Ladino Gaitán Bayona, resalta la importancia de los tres ensayos “porque hay rigor en la investigación, argumentaciones sustentadas como citas pertinentes y una lectura cuidadosa que señala para cada novela tramas, estructuración del sistema de personajes, mecanismos ficcionales de apropiación/distorsión de los referentes históricos y el papel de los símbolos en el relato”.

Como producto de la Maestría en Literatura que ofreció la Universidad Tecnológica de Pereira en convenio con la Universidad del Tolima, escribe la tesis de grado: *El espacio imaginario en la poesía de Carlos Obregón*, un poeta colombiano en el exilio que se suicida en Madrid el 1.º de enero de 1963 y cuya producción ha comenzado a despertar interés entre los críticos. El trabajo recibe la calificación de “Tesis laureada”.

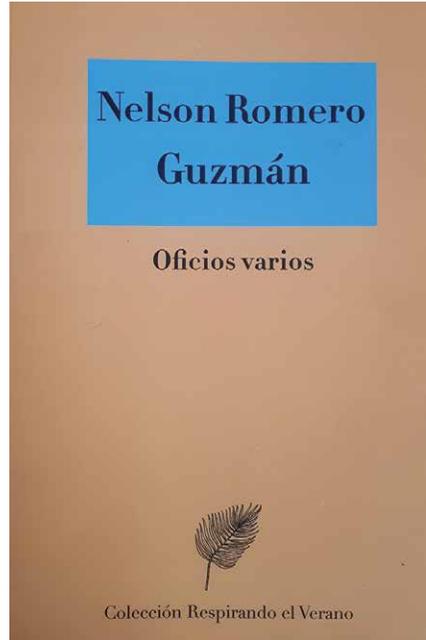
5:00 p. m.

El sol se acerca coqueto a las montañas donde nace el río. El poeta me mira desde su cansancio, sin reproches por lo que ha tenido que hablar

hoy. En sus labios juguetea una sonrisa y hace un esfuerzo para hablar de sus próximos libros: “El 10 de diciembre lanzo en Bogotá mi último libro *Oficios varios*, el cual hace parte de la colección Respirando el Verano, de la Editorial Domingo Atrasado, que dirigen Juan Manuel Roca y Jaime Londoño. Me pidieron que incluyera no solo poesía, sino ensayo y otros géneros. De ahí la intencionalidad del título, más relacionado con el hacer de la escritura que con temas específicos”.

El poeta de Ataco despliega en este libro toda su imaginación y sus reflexiones en el poema convencional; la prosa poética o el ensayo. Existe una articulación en torno a la búsqueda de la esencia de la vida a través de distintas miradas, en las que la ironía, el humor y una fina observación, nos transporta por los escenarios de la ciudad, la cotidianidad de la plaza de mercado y su mundo, una estación de tren abandonada, un puente usado para el suicidio, hasta el análisis minucioso de tres poetas colombianos que le apuestan, desde enfoques diversos, a ser testigos de nuestra compleja realidad.

Finalmente habla de su próximo libro, el cual tiene planeado terminar en el año 2020. Se trata de volver por las rutas de un pintor, Pieter Brueghel, el Viejo, un autor flamenco que vivió en la segunda mitad del siglo XVI: “Fue un grabador y pintor que bebió de las fuentes populares, exaltó la visión de mundo del campesino y el lenguaje del pueblo. Esa elección mía tiene que ver también con un cambio de visión que hice hace poco sobre lo poético, pues ahora escribo una poesía menos erudita en sus imágenes, menos mística, y me interesa más el bulto de la realidad,



Último libro publicado por Nelson Romero Guzmán. Foto de Hilda Lucía Buriticá.

en la que también pueda ver su adentro y su afuera, con un lenguaje menos críptico, y con espectro más amplio y familiar de lectura. Estoy reconstruyendo el relato poético-pictórico de su aldea, y todavía tiene muchas cosas que decirnos”.

5:30 p. m.

Nelson Romero Guzmán siente que ha hecho catarsis en estas últimas horas. El objetivo de que se conozca su origen y los espacios forjadores de su mundo poético le hacen sonreír. Ese niño que hizo del río su escenario de aprendizaje de la naturaleza y un camino para ahondar en el conocimiento del hombre, se ha convertido en un ser formado, no solo en lo físico, sino también en esa capacidad de reflexionar, aprendida de sus exhaustivas lecturas de los filósofos y poetas. Sin embargo, nada parece haber cambiado en su interior, su timidez sigue intacta, así parezca lo contrario cuando se adueña de la atención de quienes lo escuchan en sus disertaciones o lecturas de sus poemas. La sencillez hace parte de su estilo de vida y ahora las rutinas de sus días y sus noches discurren entre los campus universitarios, las aulas de clase, las reuniones académicas, una que otra tertulia, los viajes a certámenes internacionales y el duelo alucinante con las palabras para tratar de atraparlas en un verso, como hacía antes con los peces saltarines enredados en su atarraya.

Para el poeta, su vida ha sido un diálogo con la naturaleza, las personas y los libros. Siempre ve en cada instante una oportunidad de construir una imagen o un largo braceo por las aguas del indómito río del razonamiento. Sus días transcurren alrededor de la creación poética, matizada con los asuntos domésticos de la cotidianidad y las conversaciones con su esposa y sus hijas, lo mismo que la infaltable llamada a su madre para preguntarle cómo le fue en la última consulta con el médico.

El poeta se frota su bigote compulsivamente. Camina hasta la puerta de su casa paterna, hace señas a los contertulios para que lo esperen unos

minutos y a manera de despedida, nos dice: “Tenemos que preparar la segunda venida para que hablemos del futuro”.

6:00 p. m. 8 de diciembre de 2019

Abandonamos el pueblo. En un recodo de la carretera nos encontramos con el Saldaña, que se desplaza a nuestro lado, camino al Magdalena, con la prisa de siempre y luego de varios minutos de compañía se esconde entre las curvas y solo nos deja oír su murmullo, como si fuera la voz de Nelson Romero Guzmán, el poeta, que se deja llevar por las brisas del río, de la poesía y de la filosofía.

Ibagué, enero de 2020

Guía complementaria

Las siguientes son preguntas sugeridas para estimular el diálogo en el aula. Se recomienda complementarlas a criterio de docentes y estudiantes.

1. En la obra del poeta Nelson Romero Guzmán se evidencia la nostalgia por Ataco, su pueblo natal. ¿Qué escenas rememora de su infancia? Consulte información actualizada acerca de este bello municipio y contrástelas con las imágenes que recuerda el poeta.
2. El padre del poeta ejercía el oficio de boga. Investigue qué hace un boga y si existe todavía esta labor. Busque imágenes de la estatua del Boga que existe en el centro de la ciudad de Ibagué y averigüe algo de su historia. ¿Por qué se considera uno de los símbolos de la ciudad?
3. La presencia de oro ha tenido un fuerte impacto en el municipio de Ataco. Consulte cómo se realizaba su explotación en el pasado y contraste esta información con la manera como se explota hoy en día. ¿Qué piensa al respecto?
4. El poeta Nelson Romero Guzmán confiesa que su pasión por las letras y la literatura provino de buenos profesores que desde muy joven, le inculcaron ese amor. ¿Cómo cree que se le debe enseñar a un niño para que crezca amando la lectura y la escritura? Si usted fuera un maestro ¿de qué manera ayudaría a desarrollar esa pasión?
5. Mencione los premios que el poeta ha ganado a través de los años. Consulte cuál es la importancia de ganar dichos galardones para la poesía colombiana en general y la tolimense, en particular.